

EL LEÑADOR DE KENTUCKY

Tadeo Santacruz vive *su* verdad como si fuese *la* verdad. Es su manera de flagelarse. Ha perdido la cuenta de los años en que viene sintiendo la espina de Sofía clavada en el corazón. Una espina que se resiste a arrancar tozudamente. La punzada que le provoca aún le despierta un regusto agridulce. Sabe que algún día tendrá que desclavársela, o tal vez no...quién puede saberlo. Se siente cómodo en el papel de víctima. Es un placer morboso, bien lo sabe él. Pero también sabe que el día que consiga exorcizar sus fantasmas, la perderá para siempre...y aún no está preparado para ello. Es por eso que ha mirado el reloj, ha abierto la mariconera y ha sacado los pequeños prismáticos. Es por eso que está junto a la ventana de la sala de máquinas, pegado a un lateral de las piedras de moler, protegido por la tolva. Ver sin ser visto, esa es la clave.

Quizás hoy tenga suerte. ¡Son tantos días de acechar sin éxito! Algo le dice que será en esta mañana de domingo. Siente una comezón en el estómago desde que se ha levantado. La jornada se anuncia propicia: no hay concertada ninguna visita de grupo y los visitantes esporádicos no suelen madrugar en días festivos. ¿Quién se tira de la cama para perder el tiempo en el Museo del Aceite? Palpa la navaja por encima de la tela del bolsillo del pantalón y se estremece.

Sin saber bien por qué se acuerda de su anterior trabajo: se ve junto a la hormigonera; rememora los días de pico y pala; las mañanas de invierno, lluviosas y frías, con el impermeable y las botas de agua; los tórridos veranos haciendo equilibrio sobre los tejados, con el torso desnudo y el sudor bajándole del casco; la ropa salpicada de hormigón; el cansancio después de cada jornada... Todo eso quedaba atrás. Al fin había conseguido el tipo de trabajo que anhelaba. El puesto de guía en el museo colmaba sus aspiraciones: ganaba menos, pero era más descansado. Y ahora estaba ahí, vigilante, inquieto, como un furtivo emboscado, con el oído atento a cualquier ruido de pisadas o de voces imprevistas, escudriñando el bloque de pisos donde ahora vivía Sofía con *el otro*, el maldito edificio que se levantaba justo enfrente del museo. Hasta en eso había tenido mala suerte: sentirla tan cerca...y a la vez tan lejos.

Al principio se le hacía un mundo salir a la amplia explanada de la entrada principal del museo, cuando no había visitantes, pasear por la soleada atalaya, parecer distraído entre los macizos de arrayanes, hacer como que descansaba la vista sobre las suaves colinas plantadas de olivos y, sin embargo, mirar de soslayo hacia la fachada de enfrente, como quien no quiere la cosa, pero sabiendo que su corazón anhelaba un rastro de sombras, una estela de vida: un visillo que se mueve, unos brazos que cuelgan en el tendedero una toalla húmeda, una seda liviana oreándose al sol.

Más tarde, comprendió que esa conducta no le convenía a su autoestima. ¿Acaso no podían observarlo desde alguna ventana dando vueltas sin sentido por la terraza, girando como noria que nunca se detiene? Si él podía ver la fachada de pisos con sus ventanas como llagas abiertas, también podían detectar, desde la penumbra del interior, sus paseos subrepticios a la caza de un destello, de un resplandor inalcanzable. Podían ver el cilicio invisible con que se flagelaba, el débil resplandor de su dolorosa autoindulgencia.

¿Pero cómo evitar el poderoso influjo de aquellas ventanas frente al museo, aquella invitación a hurgar en la herida? Había desistido de pasear solo al pie de las buganvillas, como un loco que persigue su sombra. Pero se había descubierto a sí mismo despidiendo a los grupos de visitantes en la entrada del museo, recibiendo a la puerta del mismo a las autoridades municipales en algún acto institucional, y en todas esas ocasiones no había podido evitar perder la concentración, girar la cabeza, dejar que las palabras volaran a su albedrío mientras sus ojos lanzaban miradas furtivas hacia la fachada del bloque de pisos de enfrente. Él no iba a terminar, como Antonin Artaud, recluso en un manicomio, pero sí apreciaba en el dramaturgo francés su facilidad para provocarse dolor hurgándose con un estilete en la llaga de la cabeza. Él sabía de su espina en el corazón, por momentos una estaca en la larga noche. Y se complacía en removerla, como el poeta maldito, para obtener placer.

Fue por esas fechas que se le ocurrió la idea. Artaud había viajado a la Sierra Madre mexicana, había convivido con la tribu de los tarahumaras, había consumido peyote para huir del precipicio de la desolación. Él fue más prosaico: su viaje había sido del pueblo a la ciudad, para evitar suspicacias, malentendidos, comentarios aviesos. Había entrado en un centro comercial y había comprado unos pequeños prismáticos. Nada de hongos alucinógenos: un diminuto ingenio tecnológico le resultaba suficiente para enjugar el desconsuelo, o, tal vez, para ensanchar la herida del corazón, esa laguna de desencanto donde se hunde cada noche desde que conoció el rostro terrible de la soledad.

Mientras otea la fachada, piensa en el día terrible, la tarde infausta en que Sofía le confesó que *así* no podían continuar, que el proyecto de vida en común que antes los vinculara había perdido sentido, que la luz del amor que en otro tiempo los alumbrara hacía tiempo ya que había perdido su fulgor. ¿En

qué parte del camino habían extraviado el esplendor de la sonrisa, la música de las palabras, la deliciosa danza de los besos, de las caricias encendidas?

Trata de recordar las señales que delataban los yerros y que él nunca avistó, los avisos para navegantes que ella, sutilmente, colocaba en la singladura de los días, como boyas luminosas que alertaban de los peligros de los escollos domésticos, del engañoso, calmado mar de la rutina.

“Podías ser un poco más cariñoso, al menos con tus hijos. A veces, me recuerdas a un leñador de Kentucky.” Eso le había dicho, y él no había podido por menos que echarse a reír. ¿Qué sabía ella de la rudeza de los leñadores? ¿Qué sabía ella de Kentucky? Ni siquiera estaba seguro de que en Kentucky hubiese leñadores. ¿De dónde había sacado esa información? Él la había visto leer durante una larga temporada *El manuscrito carmesí*, pero dudaba sobremanera que Antonio Gala hubiese ambientado su trama novelesca en los hipotéticos bosques madereros de un desconocido estado del centro sudeste norteamericano. Más bien le sonaba a las películas del oeste que ella solía ver de madrugada, cuando tomaba hilo y aguja en la alta noche, después de la jornada en la fábrica, después de haber concluido las tareas del hogar, y confeccionaba las prendas primorosas que luego lucían sus hijos en las grandes ocasiones. Pero Sofía era así, te soltaba la andanada y se quedaba tan pancha. ¡Un leñador de Kentucky! Aún hoy, al recordarlo, era inevitable no sonreír con la ocurrencia. Ahora bien, si se olvidaba de la anécdota, él podía devolverle el dardo. ¿Por qué ella no era más cariñosa con él? ¿Por qué estaba siempre a la defensiva? ¿Por qué descargaba todo el peso de la ternura sobre sus hombros?

En otra ocasión le había echado en cara el dinero que se había gastado en la compra de aquel cuadro: un autorretrato de un pintor local cubierto con un sombrero de paja pintando bajo el sol. Quinientos cuarenta euros. Tantas veces como ella le había pedido que se fuesen de vacaciones a la playa, y él iba y se gastaba ese dinero en comprar un cuadro, por lo demás horroroso. Si tanto le gustaba la pintura, ¿por qué no aprendía de los verdaderos maestros? ¿Por qué sólo pintaba tópicos paisajes y naturalezas muertas?

Ese había sido un nuevo dardo, una nueva señal en el camino, pero él había recogido el guante. Ya hacía algún tiempo que él venía observando la acritud de Sofía, su evidente distanciamiento. Lo había meditado largamente. Lo mejor era una política de hechos consumados. Así que ese día la había sorprendido durante la cena. Se había levantado de la mesa y había vuelto al cabo. “¡Sorpresa!”, había exclamado, y, tras besarla en la mejilla, le había mostrado dos reservas de hotel para el próximo fin de semana. Un viaje a Málaga para visitar el Museo Picasso, sin niños. Ellos dos solos. Quería compensarla de alguna manera, recuperar parte del terreno perdido, renovar el amor que llevaba tiempo languideciendo, acallar sus razones...

En el litoral mediterráneo el día había amanecido luminoso. El aire olía a mar. Bajaban por una calle que conducía a las amplias alamedas del paseo marítimo. Aunque caminaban sin darse la mano, la jornada se anunciaba cargada de promesas: quizá un aperitivo en alguna terraza, un almuerzo acorde con la ocasión, donde no debía faltar el pescado y un buen vino rosado y, después del café, la visita al museo, el placer de la obra en vivo del gran maestro del cubismo.

Entonces, ocurrió lo imprevisto: la tienda de deportes en la acera por la que transitaban, el cartel de la oferta en grandes rótulos. Se escuchó a sí mismo, diciendo: “Entremos un momento” y, acto seguido, observó el gesto de contrariedad en el rostro de Sofía, y, no obstante, entraron. Había chándales a porrillo; chándales doblados y apilados ordenadamente sobre estanterías; chándales colgados de sus perchas en largas hileras; chándales revueltos, como un promontorio de ropa usada dentro de una enorme caja de madera. Aquello era, en fin, el paraíso del chándal. ¿Cómo no marearse en aquel maremagno de colores y texturas? Comenzó por esculcar en la colina de prendas desordenadas de la caja. Sacó una blusa gris naranja, se la probó y miró a Sofía, que movió hacia un lado la cabeza con los labios apretados. “A mí me gusta”, dijo él. Buscó un pantalón a juego. Removió el montón, sin éxito. Aun así, no soltó la blusa gris naranja. El precio era estupendo y le gustaba la mezcla cromática. “Sostenla”, le dijo a Sofía, y se dirigió a la larga fila de chándales que colgaban de sus soportes en interminables largueros. Fue moviendo las perchas sobre el listón de aluminio. Sofía le seguía, impávida, mirando de vez en vez a los empleados, una chica y un chico que le devolvían la sonrisa cada vez que ella se giraba. Tadeo, mientras tanto, se afanaba alzando la ropa al nivel de sus ojos; tanteaba los tejidos, escudriñaba las tallas, sopesaba los precios. Había una sección que ofrecía “dos por el precio de uno”. Por su lado, el reloj avanzaba, ajeno a sus cuitas. En la sección de gangas había una prenda verde y blanca. Tadeo la levantó, miro a Sofía. Ella movió la cabeza a un lado y a otro. Soltó la prenda. Desplazó las perchas y vio un chándal rojo y blanco. Volvió a mirar a Sofía y esta vez obtuvo su ambigua aprobación. Miró el precio en la etiqueta, sin resultado. Se acercó hasta el mostrador y preguntó a la chica. “El precio está en el cartel. Todos los de esa sección cuestan lo mismo”. Le dio las gracias y volvió hasta el hueco que había dejado en la fila. Continuó ojeando por donde lo había dejado, hasta que encontró una tela suave al tacto en tonos azulados. Preguntó si ése entraba en la oferta de dos por uno, pero no era posible, pues era de mayor calidad.

Frunció el entrecejo, mas no lo devolvió, antes bien se probó la blusa y se miró en el espejo. Apretó los labios y movió la cabeza arriba y abajo en señal de aprobación y miró de nuevo a Sofía. Obtuvo un movimiento del hombro que no supo interpretar. “Podías ayudarme un poco”, le dijo. “¿Has visto la hora que es?”, dijo ella. El chico se les acercó. “¿Puedo ayudarles?” Tadeo le preguntó por el pantalón de la blusa gris naranja, y el dependiente le informó que las prendas de saldo se vendían por separado, que podía llevarse sólo la blusa o emparejarla con un pantalón de su agrado. Entonces Tadeo le pidió que le bajase alguno de los chándales que se apilaban en las estanterías. Cuando consultó el precio le pareció desmesurado. Mejor se olvidaba de los estantes y seguía con los que colgaban de las perchas en un ángulo que ocupaba dos de las paredes de la tienda... Entre tanta vacilación, el tiempo se les había echado encima. La chica les dijo que iban a cerrar. Él les manifestó que quería llevarse al menos tres conjuntos, pero que aún no se había decidido. La chica miró al chico. “Podemos hacer una excepción, si nos asegura que va a comprar alguna prenda”. Como quiera que él les dio su conformidad, los empleados bajaron el cierre metálico y los dejaron dentro, toda la tienda en exclusiva para ellos. Cuando salieron de la tienda con la bolsa de la compra en la mano, Tadeo notó la tirantez en los gestos de Sofía, su visible descontento. Él le dijo que habían hecho una buena compra, pero ella se limitó a preguntarle que dónde iban a comer. El aperitivo se había evaporado. Deambularon por algunas calles, sin rumbo fijo. Él era consciente de que la magia se había roto. Comieron de cualquier manera. Había desdén en las miradas. El camarero derramó una copa, que salpicó la bolsa de plástico que habían depositado junto a la mesa. Tadeo abrió la bolsa y comprobó con alivio que el vino no había alcanzado el contenido de la misma. Poco después, entraron en una tetería y pidieron un té con menta, mientras aguardaban a que abriese la pinacoteca en su horario de tarde. Apenas cruzaron un par de palabras acerca de la temperatura de la infusión. Ya nada era lo mismo. Una vez dentro del museo, él se detenía en cada cuadro más de lo debido y ella le dijo que iba a mirar por su cuenta. Estuvieron separados todo el tiempo que duró la visita. ¿En qué estaría pensando Sofía, deambulando sola por las salas? ¿Fue ahí que decidió que iba a dar el gran paso? En la cama del hotel, esa noche, no volaron pájaros.

Ahora, a la vuelta de los siglos, con el corazón lacerado y un leve temblor en la muñeca que sostenía los prismáticos, Tadeo Santacruz recordó algunos de los nombres de los cuadros que tanto le habían impresionado aquella tarde: *Mujer con los brazos levantados*, *Mujer sentada con sombrero rojo y azul*, *Jacqueline sentada*... Una pregunta le cruzó el pensamiento que fue como una epifanía: ¿Por qué los grandes pintores habían inmortalizado en sus lienzos a sus compañeras? No sólo lo había hecho Picasso con Jacqueline, también había hecho otro tanto Dalí con Gala. ¿Por qué en su obra pictórica no aparecía ninguna musa? ¿Acaso había descuidado a la mujer por la que ahora suspiraba escondido tras la tolva? ¿Cómo averiguar la parte de culpa que le tocaba en la separación? ¿Cómo saber si él había sido culpable de algo, siquiera fuese por omisión?

De repente, el visillo se ha movido, la vida invisible emerge a la luz y Sofía, ¡ay, dolor!, aparece tras la ventana. Viste un fino camisón celeste que da alas a la imaginación. Su cuerpo se inclina sobre el grifo curvo y sus manos se mueven. De a poco, levanta la cabeza y mira a través del cristal. Tadeo da un respingo y salta hacia atrás, hacia la seguridad de las sombras. Ver sin ser visto. Vuelve a colocarse los prismáticos y busca el encuadre óptimo. Mueve el índice sobre la ruedecilla y ajusta las lentes. Su pecho se ha encabritado. Siente un ahogo que ya creía desaparecido, enterrado bajo el peso de los días. Entonces aparece el otro, el ladrón de los besos, y se pega a la espalda de Sofía, muy junto. Una mano aflora de la penumbra y se detiene a la altura del pecho de la mujer que friega los tiestos del desayuno, de la mujer que no manifiesta tirantez alguna en su rostro, de la mujer que ahora esboza una sonrisa y levanta una mano envuelta en espuma, una mano que se posa en la cabeza del hombre que le besa el cuello, que ha dejado sus labios pegados en la piel de ella y se demora una eternidad. Tadeo se lleva la mano, instintivamente, al bolsillo del pantalón y aprieta la dureza de su delirio. Y es en ese momento cuando el conturbado Santacruz oye una voz a su espalda, una voz femenina, familiar, “te estaba buscando, ¿qué es lo que mirabas?”, una voz que le ha obligado a girarse y que procede de su jefa, de la concejala de Cultura y Patrimonio que está allí plantada, en medio de la sala de las máquinas antiguas, y que no deja de mirarle los pequeños prismáticos que le cuelgan de la mano derecha, una voz que no tendría que haber sonado en ese lugar, en ese día, en ese instante.

Seudónimo: “Simona”